

Pétalos de primavera

Pétalos de primavera

Amanda García



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Amanda García 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: mayo 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-50-6

*A quienes se han caído y se han levantado,
a los que han luchado con sus sombras y
han encontrado la luz al final del túnel.
Este libro es para ti, que sabes que nunca es
demasiado tarde para empezar de nuevo.*

Introducción

Como una estrella fugaz en mitad de la noche, igual que vino, se fue. Se deslizó entre los últimos rayos del sol, arrasando con todo a su paso. Un huracán que terminó por destrozar un frágil corazón ya hecho añicos. Apareció cuando nadie la esperaba, y su mirada, desprovista de vida, heló la sangre de aquellos ojos que la observaban perpleja.

Era imposible.

Era irreal.

Pero cuando sus dedos trazaron un sendero sobre la piel de la joven, aquella aparición dejó de ser una ilusión para convertirse en un fantasma del pasado que la hizo dudar si estaba soñando. Parpadeó un par de veces, se pellizcó con disimulo el brazo y rezó todo lo que sabía para que la persona que tenía enfrente fuese de carne y hueso como ella.

Entonces, abrió los ojos de par en par y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas sin poder evitarlo. Estaba viendo a su hermana. La misma hermana a la que un día enterró y cuya muerte la atormentaba en lo más profundo de su alma.

Al sentir aquel sutil tacto, su cuerpo reaccionó y ella enmudeció. ¿Cómo se saluda a un difunto que se presenta en tu puerta con un clavel blanco entre sus manos?

Rachel dio un paso atrás y las facciones de su rostro, tan diferentes a las de Lily, se endurecieron. Con la mirada fría y la mandíbula tensa, fulminó a su hermana, quien continuaba sin reaccionar ante tal surrealista escena.

—Lily. —Su voz sonó grave y seria, envuelta en un susurro apenas perceptible—. Por tu bien, Lily, olvida que tenías una hermana.

Aquellas palabras hicieron que la joven reaccionase. Se aclaró la garganta y respondió en el mismo tono:

—¿De qué estás hablando, Rachel? ¿Eres tú de verdad?

Su voz entrecortada se entremezcló con lágrimas de felicidad que seguían cayendo sin cesar.

—Olvídame. Nadie te creará si dices que he estado aquí. —Rachel miró a ambos lados con disimulo y volvió a centrar la atención en su hermana—. Recuerda que no debes meterte en la boca del lobo si no quieres que te coma.

—¿Se puede saber que te pasa? Rachel... Tú... Tú estabas...

—Muerta —terminó la frase por ella—. Y así debo seguir. Lloro mi muerte si es lo que quieres. Visita mi tumba si eso te reconforta. Pero jamás vuelvas a buscarme. Para ti, estoy muerta.

—¡Muerta! —Lily apretó los labios, inquieta, y soltó un largo suspiro—. ¿A qué estás jugando, Rachel? La que debe haber muerto he sido yo, porque es imposible que esto esté pasando ahora mismo, joder.

—¿No me crees, hermanita?

Entonces, Rachel apretó con todas sus fuerzas el clavel, haciendo que cada uno de sus pétalos cayese destrozado al suelo.

—Cuando recojas los pétalos del suelo te darás cuenta de que nada de esto ha sido un sueño. —Se acercó al oído de su hermana y el susurro se hizo más sonoro—: La hermana que conociste, murió.

Y se marchó sin mirar atrás, alejándose del lugar que un día fue su hogar.

Capítulo 1

Un nuevo comienzo

Un año después
Cedarville

Todo había cambiado. Todo menos el Sant Pearl.

—¡A esta ronda invito yo! —gritó eufórica Emily.

—La tercera de la noche... —Sarah soltó un largo suspiro acompañado de una media sonrisa.

—Desde que te has echado novia te has vuelto una siesa, Sarah. Emily miró de reojo a Lily y ambas se rieron.

—Felicidad —la corrigió Sarah—. Se llama felicidad lo que se siente cuando conoces al amor de tu vida. Dudo que vosotras dos, brujas, conozcáis ese término.

La ronda de chupitos llegó y tras un pequeño brindis se bebieron de un solo trago el líquido rosado de los vasos.

—¡Que le den al amor! —vociferó Lily.

—¡Eso! —añadió Emily.

Amor. Una palabra, cinco letras y un torbellino de emociones. Hacía tiempo que aquella palabra no entraba en el glosario de la joven Thompson. Un año después, ese volátil sentimiento no tenía cavidad en su nueva vida. «Dejar todo atrás», se repetía día tras días desde que había dado comienzo a su nuevo yo.

—¿Ese de ahí es Palis Davis?

—Joder con Palis. ¿No era el pringado del instituto? —preguntó Emily enarcando las cejas.

—Parece que es él —confirmó Lily.

—Venga, Lily, acércate. Recuerdo que en clase eras su amor platónico y hasta yo reconozco que ahora no está nada mal el chico. —Sarah miró a su amiga esperando una respuesta y Emily se unió al duelo de miradas contra la joven Thompson.

—Ni hablar —respondió esta, desviando la atención al suelo—. No quiero saber nada de hombres hasta que un protagonista de las novelas que leo se escape de las páginas y se presente en mi casa.

—No todos son como él.

La contundente verdad la envolvió en su fría certeza. Por muchos intentos que hiciese, la traición de Hunter la perseguía de forma constante. Puede que no todos fueran como él, pero la decepción seguía latente en su interior.

—Lo sé, Emily. Lo tengo superado, tranquilas. Es simplemente que ahora estoy centrada en el negocio. El estudio de Diseño está yendo bien, pero si me distraigo puede que...

—Puede que nada —interrumpió Sarah, rodeándola con su brazo—. Todo va a salir bien. ¡Estás independizada y eres la jefa de tu propio negocio! No tienes derecho a pensar que algo va a salir mal porque no ocurrirá.

Lily sonrió y miró a sus amigas.

—¿Sabéis que sería de mí sin vosotras?

Emily pasó un brazo sobre Sarah y otro sobre Lily, formando entre las tres un pequeño círculo, y contestó tras una larga carcajada:

—¡Tendrías una vida mucho más aburrida, seguro!

Un paso tras otro, con su larga melena pelirroja ondulando en el aire, Lily llegó una mañana más a su estudio. Había escogido una ubicación estratégica en el centro de Cedarville, en la cual era

imposible no fijarse en el letrero luminoso en el que se podía leer: «DesignDoodles».

—Te advertí de que ese nombre no era estratégico en cuanto a *marketing* se refiere.

—¿Es que acaso ahora también has estudiado la carrera de Marketing, Owen?

El joven se recolocó las gafas y Lily giró el pomo de la puerta con decisión.

—Periodista. Soy periodista, pero es bastante obvio que poner un letrero con luces tan llamativas no es para nada estético.

—¿Quién es aquí la diseñadora? —rebatí ella mientras dejaba sobre la mesa del escritorio su bolso de color dorado.

—Tener la carrera no te hace ser una buena profesional. —Owen se dejó caer sobre el cómodo sillón junto a la entrada y cruzó las piernas con aire desenfadado—. Solo digo que tendrías que haber consultado con tu padre si poner ese letrero era la mejor opción.

Al escuchar el término «padre» los hombros de Lily se tensaron. Había pasado demasiado tiempo desde su última conversación con él, y aunque era innegable que su sueño se estaba haciendo realidad gracias a su dinero, la sola idea de imaginárselo cerca le provocaba náuseas.

—No es necesario que me recuerdes gracias a quien tengo el estudio —sentenció con tono serio.

Owen se puso en pie y se acercó con cautela a su amiga, quien andaba de un lado para otro, inquieta. Posó la mano sobre el hombro de ella y rezó para no desatar su mal genio.

—Lo siento si te ha molestado mi comentario. —Una disculpa que hizo que Lily centrara su atención de nuevo en él—. ¿Me contarás algún día por qué tu padre te dio cien mil dólares de golpe, pero no quieres escuchar ni hablar de él?

Ella se limitó a devolverle una pequeña sonrisa y zanjó de inmediato el tema.

Cien mil dólares. Así había intentado Thomas comprar el perdón de su hija. Un perdón que nunca se replanteó darle, pese a que la incómoda conversación entre ambos fuera un baile de acusaciones con mentiras entre medias.

Cuando Lily se enfrentó a él en privado, obviando toda la información que ahora sabía sobre Rachel, el señor Thompson se limitó a suplicar su silencio a cambio de una generosa cantidad de dinero. Al principio, la rabia de Lily amenazó con erosionar contra su propio padre. Quería respuestas. Quería saber si realmente había sido capaz de ordenar la muerte de su hija. Pero la verdad terminó golpeándola con una fuerza distinta: no había sido él.

La idea de que su padre había asesinado a Rachel se derrumbó en cuanto descubrió que su hermana seguía viva y se aseguró de que él no sabía nada al respecto. Y, aunque eso lo libraba de un crimen, no lo eximía de lo demás. Su dinero provenía de negocios sucios. Y ese mismo dinero era el que ahora intentaba comprar su silencio.

Entonces decidió alejarse, dejar el tema atrás y olvidar todo lo que sabía, aunque la culpa la carcomiera por dentro día y noche. Porque si seguía escarbando, si seguía investigando, terminaría arrastrándose a lugares donde no quería estar.

Debía olvidar a su padre.

Debía olvidar a Rachel.

Debía olvidar a Hunter Blaze.

Debía olvidarse de todo lo que había vivido y empezar de nuevo.—¡Han abierto de nuevo Art and Space!

Dando un portazo y corriendo hacia Lily, el corazón acelerado de la señora Frish parecía que iba a desbocarse de su cuerpo de un momento a otro.

—Imposible —musitó Owen—. Me habría enterado el primero. A mi redacción no ha llegado tal noticia.

—¿Imposible? —repitió alterada la secretaria—. Acabo de ver con mis propios ojos cómo colgaban el cartel anunciando la inauguración del estudio.

—¿Sabes quién será el dueño? —indagó Lily.

Desde la marcha de Adam de la ciudad, aquel estudio había quedado desolado. Nadie tenía noción alguna de dónde se encontraba Anderson. Ni siquiera Lily, quien lo buscó desesperada en busca de más respuestas tras la breve y escalofriante conversación con su hermana.

—Ojalá sea de nuevo Adam... —El tono de voz melancólico de la señora Frish provocó un escalofrío en Lily.

—Adam no será.

La rotunda afirmación de Lily provocó un silencio sepulcral que duró varios segundos hasta que Owen, quien jugaba inquieto con unos bolígrafos del escritorio, habló:

—¿Quién es ese tal Adam? —Su pregunta inocente hizo que la señora Frish se aclarase la garganta y Lily se diese media vuelta—. Bueno, veo que no tenéis mucho que contarme sobre Adam... —Owen suspiró y volvió a dejarse caer sobre el sillón—. ¡En esta ciudad es imposible enterarse de los cotilleos con tanto secretismo! ¡Soy periodista, por el amor de los dioses! ¿Es que acaso todo lo interesante en Cedarville ocurrió un año antes de que llegase?

Ni la señora Frish ni Lily contestaron a la pregunta, solo se limitaron a compartir una mirada cómplice que lo decía todo.

A pesar de que el tiempo había logrado sanar ciertas heridas, había otras que seguían abiertas. Adam desapareció sin dar explicación alguna. El último recuerdo que tenía Lily al respecto, era del chico rubio de ojos claros sentado sobre el sillón de su lujoso apartamento. Se evaporó de la noche a la mañana tras cerrar la empresa sin previo aviso y dejar a sus trabajadoras sin empleo ni explicaciones. Algo similar ocurrió con la familia Turner. Las malas lenguas murmuraban que su imperio se había desplomado

como un castillo de naipes, por lo que no tardaron en abandonar la mansión de Cedarville e irse de la ciudad. Sin embargo, Lily sospechaba cuáles habían podido ser los verdaderos motivos de tan repentina huida. La verdad salió a la luz aquella fría y lluviosa noche de febrero, y desde entonces, todos, incluida ella, no habían vuelto a ser los mismos.

—Suficiente por hoy. —La señora Frish se puso de pie y miró las manecillas del reloj plateado de su muñeca—. ¡Las cinco en punto! Hora de volver a casa.

Owen, quien estaba sentado en el sillón con el portátil sobre sus piernas, lo cerró de golpe y le sonrió a la secretaria.

—Hora de ir a mi cafetería favorita —anunció relamiéndose los labios.

—Conmigo no contéis —respondió la señora Frish terminando de recoger su pequeño escritorio—. Mis felinos me esperan para darles de comer.

—¿Felinos? —Lily soltó una larga carcajada y bajó la pantalla de su portátil—. ¿Quién dice *felinos* para referirse a los gatos, señora Frish?

La secretaria alzó la barbilla y apretó los labios.

—Llamarlos solo gatos me parece demasiado poco. Felinos suena más... Más elegante.

Esa vez fue Owen quien se puso de pie y se rio.

—Tienes razón. Como periodista, sé que elegir las palabras adecuadas es clave. Y felinos suena mucho más sofisticado.

—¿Un periodista que se pasa más tiempo en mi estudio que en su redacción? —preguntó Lily soltando el cebo juguetonamente para que su presa picase.

—Teletrabajo, Lily Thompson. Las ventajas de teletrabajar son amplias, como por ejemplo que puedo disponer de mi tiempo cómo y cuando quiera. Y elijo compartirlo con las dos mujeres más bonitas de Cedarville.

—¡Owen! Eres un encanto.

La señora Frish lo estrujó con fuerza entre sus brazos y le besuqueó la mejilla durante varios segundos. Mientras tanto, Lily, quien había terminado de guardar todas sus cosas en su maletín, dejó escapar una suave risa.

—Menos risas o iré a por ti también, jovencita —bromeó la secretaria.

Puede que un año después todo hubiese cambiado, a excepción del Sant Pearl y también de la señora Frish.

Cuando Lily cerró con llave la puerta roja del estudio, Owen suspiró y alzó los brazos como si estuviera llevando a cabo una invocación.

—¡Amo la primavera! Las flores, las fiestas, los atardeceres...

—Los chicos guapos... —continuó enumerando Lily con el mismo tono.

Ambos se miraron significativamente y los labios de la muchacha se curvaron, hasta que su móvil vibró en su bolsillo. Lo sacó y leyó el mensaje.

—Es de Emily —dijo, frunciendo el ceño—. Me dice que en cinco minutos nos veamos en la cafetería de su tía. Tiene algo importante que contarme.

Owen se inclinó hacia adelante, curioso.

—¿Nos veamos? ¿Eso significa que puedo ir?

Lily le lanzó una mirada desafiante.

—¿Y quién ha dicho que te quiera llevar conmigo?

El periodista fingió cara de ofendido y se llevó una mano al corazón.

—Lily, por favor. Debo ser el primero en enterarme de todo lo que suceda en la ciudad. Por mi trabajo.

—Por tu trabajo, seguro... —terminó ella, murmurando entre dientes, y luego soltó una tímida carcajada.

Capítulo 2

Lluvia de mentiras

Cuando Lily y Owen entraron en la popular cafetería, Morning Elixir, el ambiente tenso y cargado de su interior no les pasó desapercibido

—Ahí está —indicó Owen, señalándola con el dedo.

Emily, quien destacaba por su eterna alegría, se encontraba cabizbaja y seria. También había transcurrido un año para ella, con todo lo que implicaba. Siempre había sido una mera observadora del dolor profundo de su amiga, sin saber que Rachel todavía seguía viva.

—¿Qué ocurre, Emily?

El tono de voz preocupado de Lily hizo que Emily alzase el cuello y sus tristes ojos se encontrasen con los de su amiga.

—Hola, Emily —saludó con timidez Owen.

—Sentaos. —La rotundez con la que respondió, heló la sangre de ambos, que la miraban preocupados—. No sabía que vendrías, Owen.

Owen miró de reojo a Lily y después a Emily.

—Lily me ha invitado.

La aludida apretó los puños con fuerza, echó una mirada desafiante a su amigo y se contuvo el insulto que pasó por su cabeza en ese instante. Sabía que no era el momento de ponerlo en evidencia, especialmente considerando que Owen no era del agrado de Emily.

Por mucho que Lily se negase a aceptarlo, la relación con sus amigas había cambiado. La oscuridad en la que se sumió tras descubrir la verdad sobre Rachel la consumió durante meses, haciendo que se alejase de todo su círculo cercano. Decidió entonces alquilar un pequeño apartamento a las afueras de la ciudad y compró, con el dinero de su padre, el estudio de diseño en el que ahora trabajaba junto a la señora Frish.

—¿Qué ha pasado, Emily? ¿Vendrá Sarah?

Emily tragó saliva y dejó escapar un suave suspiro.

—Sarah... A esa dudo que volvamos a verle el pelo pronto. Se va de viaje con Emma a Tailandia en unas semanas.

Los ojos de Lily se abrieron de par en par y Owen aprovechó su desapercibido papel en la conversación para ojear la carta del establecimiento, ocultando su rostro detrás de ella.

—Ojalá ser Sarah —murmuró el periodista con la voz amortiguada por el menú que sostenía frente a su cara.

Emily soltó una pequeña risa, pero enseguida su expresión volvió a ser seria.

—Quería contaros algo importante... —comenzó explicando con el tono de voz temblando ligeramente—. El negocio de mi padre va mal. Muy mal. Si sigue así, tendremos que cerrar dentro de poco y buscar en otra parte del país un nicho en el que destacar.

La noticia cayó como un jarro de agua fría. Lily y Owen cruzaron una mirada rápida.

—Emily, lo siento mucho —dijo Lily, extendiendo una mano para apretar la de ella—. ¿Hay algo que podamos hacer para ayudar?

Emily negó con la cabeza, mordiendo su labio inferior.

—No lo sé. La situación es complicada. Mi padre está devastado, y no sé cuánto más podremos aguantar.

Owen bajó el menú y se inclinó hacia adelante.

—Tal vez pueda escribir algo sobre la situación, dar a conocer el problema y llamar la atención. Nunca se sabe, podría ayudar.

Emily le ofreció una pequeña sonrisa agradecida.

—Gracias, Owen. Cualquier ayuda sería bienvenida en este momento. —La muchacha bajó la mirada y comenzó a jugar con el borde de su servilleta—. La verdad es que todo ha ido empeorando poco a poco. Todavía recuerdo lo bien que iba el negocio cuando Hunter trabajaba con mi padre. —Subió la cabeza y miró a su amiga—. Pero desde su marcha repentina y sin explicación, las cosas solo han empeorado.

El nombre de Hunter cayó como una bomba. Lily sintió como si le hubieran arrancado el oxígeno de los pulmones. Su rostro se tensó y una oleada de aire gélido la arrasó. A pesar de todos sus esfuerzos por olvidarlo, su mera mención despertaba una tormenta de emociones en su interior: traición y dolor. Su mente se llenó de recuerdos y pensamientos contradictorios, reviviendo momentos que había intentado enterrar.

Había cerrado su corazón a cal y canto desde la traición de Hunter. Noches enteras llorando en la soledad de su apartamento, mientras las sombras se adueñaban de ella. Durante el día, se obligaba a sonreír, a seguir adelante, fingiendo que todo estaba bien. Pero en su interior, las heridas seguían abiertas y el dolor se acabó convirtiendo en un compañero constante.

Emily notó el cambio en su amiga y le puso una mano en el hombro, ofreciéndole un apoyo silencioso.

—¿Quién es Hunter? —preguntó Owen, intrigado.

Lily intentó recomponerse y dio una respuesta evasiva, tratando de mantener la compostura.

—Alguien que solía trabajar con el padre de Emily. Alguien que ya no importa.

Aquella era una mentira que le ardía en la boca cada vez que la pronunciaba, pero necesaria. Así, consiguió desviar el tema y volver a lo principal: al problema de su amiga y al apoyo que pudieran darle de un modo u otro.

La soledad es un pequeño monstruo que poco a poco se va alimentando de nuestros miedos más profundos. Arrasa con todo a su paso y deja el corazón hecho pedazos. Sanar las heridas mentales es como intentar reconstruir un edificio cuyos cimientos se han derrumbado.

Para Lily, el duelo era un paisaje desolado en el que se encontraba atrapada. Había noches en las que su mente vagaba por los recuerdos de Hunter, buscando respuestas a preguntas que nunca se había formulado en voz alta. Quería saber dónde estaba, qué había sido de él, si acaso pensaba en ella. Pero al mismo tiempo, sabía que debía olvidarlo por completo para poder seguir adelante. Esa dualidad la desgarraba, como si su corazón fuera un campo de batalla en el que se libraban guerras silenciosas.

La traición de Hunter había destrozado su mundo, dejándola sin rumbo. Intentaba hablar con alguien, abrir su corazón, pero sabía que no era lo que debía hacer. Sus pensamientos la atormentaban: nunca lo conoció realmente y ahora estaba sola. Ni siquiera su familia era lo que había creído. Se sentía como una oveja en un campo repleto de lobos: vulnerable y perdida.

Luchar contra los recuerdos y las emociones que Hunter había dejado tras su marcha era como intentar atrapar el viento. Era agotador, y, aun así, seguía aferrándose a esa pequeña esperanza de encontrar respuestas. Quería entender, quería saber por qué se había marchado de la ciudad tras confesarle aquella horrible

verdad, sin suplicar siquiera su perdón. Pero, al mismo tiempo, sabía que esas respuestas no sanarían sus heridas.

Su corazón se había convertido en una fortaleza vacía y fría, resguardada por muros altos y gruesos, contruidos para mantener a salvo lo poco que todavía quedaba intacto.

Entendía que, para poder seguir adelante, debía aceptar que nunca había conocido realmente a Hunter y que quizá nunca lo haría. Debía aprender a vivir con el hecho de que su familia no era lo que ella creía, y que el mundo estaba lleno de lobos, acechando en cada esquina.

Al cuarto tono, Lily descolgó la llamada. Tumbada sobre el sofá de su pequeño estudio resopló al ver cómo la pantalla del teléfono se encendía mostrando la imagen de Karen Thompson.

—Mamá.

—¡Lily, cariño! ¿Dónde te habías metido? Llevamos dos semanas sin saber nada de ti.

Al escuchar la voz de su madre echó la cabeza hacia atrás, dejando el cuello colgando sobre el reposabrazos.

—He estado ocupada —se limitó a responder.

La relación con su madre también había cambiado. Karen desconocía todo lo ocurrido entre ella, Rachel y su marido. Por la conversación que tuvo Lily con su padre, en la cual le confesó todo lo que había descubierto sobre el negocio con la familia Turner, entendió que su madre no estaba al tanto de a lo que verdaderamente se dedicaba Thomas.

—Tu padre y yo hemos estado muy preocupados por ti estos últimos meses. —Karen se quedó un segundo en silencio, y Lily ya intuyó el tema que estaba a punto de sacar—. No me gusta nada que estéis tan distanciados.

—Ya hemos hablado de esto, mamá.

—Lo sé, cariño. Pero sigo sin comprender cómo una discusión sin importancia puede alejar tanto a un padre y a una hija. ¿Pasó algo más, Lily?

El silencio volvió a adueñarse de la llamada.

—No, mamá —mintió.

—Entonces ven mañana a cenar a casa y nos ponemos al día. ¡Puedo hacer tu plato favorito!

La emoción en la voz de Karen le ablandó el corazón. Aunque una parte de ella deseaba dejar el pasado atrás y volver a entrar por la puerta de su antigua casa como si nada, era incapaz de olvidar todo lo que sabía sobre su padre. Las palabras de Adam seguían todavía resonando en su cabeza: «Tu padre fue quien mandó acabar con la vida de tu hermana».

—No puedo. Tengo planes.

—¿Qué planes, Lily?

—Planes, mamá. Me paso el día entero en el estudio y cuando salgo lo que más me apetece es estar sola o ver a mis amigas. —Al otro lado del teléfono se escuchó un suspiro profundo—. Y no quiero ver a papá. —Esa última frase sonó fría y distante.

—Como quieras, Lily Thompson. —El tono dulce de su madre pasó a ser serio, cargado con una mezcla de preocupación y determinación—. Ya perdí a una hija hace tiempo, y no quiero perder a la segunda.

Y colgó.

¿Qué tenía el hogar de los Thompson que hacía que cualquiera que saliera de él se transformara en una versión tan diferente de sí mismo, ya fuera viva, muerta, o tal vez ambas?

Capítulo 3

Un placer conocerte

Las marcadas ojeras de su rostro delataban las horribles noches a las que se enfrentaba desde hacía meses. No importaba el número de cafés que bebiese o las mascarillas de pepino que se aplicase; el reflejo del espejo siempre le devolvía una imagen que apenas reconocía: un rostro cansado, con ojos apagados y una expresión de agotamiento continuo.

Aquella mañana, Lily se despertó antes de que la alarma de su teléfono móvil sonase. Como cada día, se preparó el desayuno y salió del pequeño apartamento en dirección al estudio. Caminó y caminó con paso firme, contemplando el amanecer mientras el cielo se teñía de tonos rosados y amarillos. Cedarville había dejado atrás los meses de nieve para darle paso a una temporada cálida en la que los días eran más largos y las flores comenzaban a brotar en cada rincón.

Al llegar, alzó el cuello hacia el letrero y se preguntó si acaso Owen tenía razón y había errado en el nombre del negocio. Quizá la elección fuese un simple simbolismo de todos los errores que había cometido en su vida. Las malas decisiones tomadas la perse-

guían como sombras acechando a sus espaldas, mientras la duda y el arrepentimiento se apoderaban de su mente. Tal vez Owen tenía razón sobre el nombre, pero ella sabía que cambiarlo ahora no resolvería todos sus problemas.

Tras un largo suspiro, bajó la mirada y decidió entrar en el local. El sonido de la campanilla en la puerta resonó mientras se cerraba tras ella. No cabía duda alguna de que Lily se había convertido en la mismísima representación de un alma en pena: vagando en la noche y buscando, sin éxito, la paz que parecía esquiva.

El cómodo sillón de color marrón la atrajo sin poder remediarlo. Se acercó hasta él y se dejó caer sobre sus cojines, sintiendo cómo la suavidad del terciopelo absorbía el peso de su agotamiento. A diferencia del poco glamuroso apartamento en el que vivía a las afueras de la ciudad, había empleado la mayor parte de sus ahorros y todos sus esfuerzos en hacer que aquel estudio de diseño fuese todo lo contrario. Pensar en la decoración, la distribución, la forma de atraer a una mayor clientela..., le había servido durante largos meses como forma de evadirse de la realidad. Sin embargo, al cruzar el umbral de su nuevo hogar, aquella vida de cuento de hadas le daba paso a una historia repleta de monstruos.

Pasados cinco minutos de completo silencio cerró los ojos e inspiró profundo. El día iba a ser largo, demasiado largo, y necesitaba recobrar fuerzas incluso de donde no las tenía. Pero ese momento de tranquilidad fue interrumpido por el sonido de un fuerte golpe sobre la puerta que se repitió hasta un total de tres veces.

Pum. Pum. Pum.

—¡Ya voy, señora Frish! ¡Deje de aporrear la puerta y póngase un recordatorio de coger las llaves al salir de casa!

Antes de rozar con los dedos el pomo de la puerta miró las manecillas del reloj de su muñeca. Ni siquiera había llegado a marcar las siete de la mañana, por lo que todavía faltaba tiempo para que la secretaria tuviese que acudir a su puesto de trabajo. Así pues,

corrió con disimulo la cortina que cubría la parte superior de la puerta y su pulso se aceleró al observar la imponente figura de brazos cruzados que se encontraba al otro lado.

—¡Estamos cerrados todavía! —vociferó sin atreverse a abrir la puerta.

Volvió a mirar a través de la cortina y se fijó en que aquel muchacho de pelo oscuro y ojos verdes no se había inmutado ante sus palabras.

—Vengo a hablar con la jefa. —Su voz sonó grave y severa.

—¿Quién eres?

Lily se asomó de nuevo y esa vez pudo comprobar que había dejado caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Iba vestido con un elegante traje oscuro y por un momento pensó que se trataba de uno de los modelos que posaban para las revistas benéficas del condado.

—Te lo diré si me abres la puerta —respondió él.

—¿Y si eres un asesino?

—¿Acaso un asesino vendría en traje a matarte?

El sonido de la campanilla de la puerta sonó y entonces Lily pudo confirmar que aquella persona que tenía enfrente parecía haber salido de una película de Hollywood.

—He conocido a mafiosos capaces de hacerse pasar por padres de familia —musitó desviando la vista hacia el suelo.

—Me gustaría hablar con la jefa de DesignDoodles. —El muchacho se desabrochó los botones de la americana, y Lily no pudo evitar desviar la mirada hacia su musculado torso—. Prometo que no mataré a tu jefa.

Lily curvó los labios y dejó escapar una suave risa.

—No podrías matarme.

Los ojos de él se abrieron de par en par y volvió a cruzarse de brazos.

—No pensaba que mi rival sería así... ¡Un placer conocerte! Soy Edgar Linton, dueño de la empresa Art and Space.

El rostro de Lily palideció. Con disimulo tragó el nudo que se había formado en su garganta y enderezó su cuerpo intentando mostrar una fingida seguridad en sí misma.

—Lily Thompson, dueña y gerente de DesignDoodles.

Edgar desvió la mirada hacia el cartel luminoso y después volvió a fijar su atención en la joven.

—Bonito letrero —comentó con una media sonrisa en los labios.

—Gracias. —La respuesta de ella fue fría y distante. Había algo en aquel chico que de repente la hacía desconfiar. Quizá fuese que en cierto modo le recordó a alguien de su pasado que la marcó de forma irremediable—. Todavía estoy decidiendo si dejarlo o quitarlo.

Los profundos ojos verdes de Edgar se entrecerraron como si estuviese examinando a conciencia a la pelirroja que tenía a escasos centímetros de distancia. Tras unos segundos de silencio, carraspeó y apartó la mirada con brusquedad.

—Si me permites opinar al respecto —comenzó con un tono de voz neutral, su mandíbula tensa y su cuerpo firme—, a mí me gusta. Creo que le da un toque... especial.

—¿Especial? —Lily soltó una larga carcajada, provocando de ese modo que su actitud rígida se desmoronara durante un instante—. ¿No querrás decir *raro*?

Esa pregunta hizo que él sonriese y revelase así una bonita y radiante dentadura que lo hacía más atractivo todavía.

—¿Qué tiene de malo lo raro? A veces un poco de raro está bien.

—Creo que cuando el dueño de tu principal competencia te dice que tu letrero es raro..., es raro.

Ambos se rieron y la tensión se esfumó un poco más entre ellos. Entonces, Lily sintió una oleada de alivio al compartir esa risa. Era como si, durante unos instantes, la carga que llevaba sobre sus hombros se hubiera aligerado.

—¿Sabes? —dijo él, todavía sonriendo—. A veces, lo que otros ven como raro es simplemente algo que no entienden. Y a menudo, eso puede ser lo que nos hace destacar.

—Puede ser —admitió ella—. Tal vez debería dejar de preocuparme tanto por lo que piensen los demás y centrarme en lo que en realidad quiero yo.

—¿Y qué es lo que quieres tú, Lily Thompson? —Edgar formuló la pregunta con una mirada intensa y curiosa, como si ansiara conocer la respuesta.

Lily se quedó en silencio. Había tantas cosas que deseaba... Pero reducirlas a una simple respuesta no era fácil. Comenzando por querer dejar de sentirse culpable cuando intercambiaba más de dos frases con una persona del género opuesto. Durante largos meses había intentado sacar un clavo con otro clavo, no obstante todos sus intentos quedaron en conversaciones vacías y sentimientos encontrados. No podía olvidar a Hunter, aunque sabía que debía hacerlo. El recuerdo de sus momentos juntos seguía grabado en su mente. Era incapaz de permitirse entregar su corazón a otra persona ni volver a sentir mariposas en el estómago. La herida aún estaba demasiado fresca, era demasiado dolorosa.

—Quiero que mi secretaria llegue a tiempo algún día de la semana. —Lily miró las manecillas del reloj y resopló—. Empieza nuestra jornada en cinco minutos.

—Una jefa exigente... —musitó él sin apartar la mirada.

—Supongo que como lo eres tú. —Edgar volvió a sonreír y se quitó la americana de color azul oscuro para dejarla apoyada sobre su antebrazo. El calor primaveral ya era notorio en la ciudad y pronto la ropa de invierno pasaría a ocupar el fondo de armario—. ¿Puedo saber a qué se debía tu visita?

—He venido a presentarme y a conocer el negocio que será mi competencia. Hace meses adquirí la empresa a un precio verdaderamente bajo. Parece que su antiguo dueño tenía prisa por

venderlo y cambiarse de ciudad. —El estómago de Lily se revolvió al recordar a Adam—. Esperaba encontrarme con un vejestorio con aires de superioridad que me dijese que mi juventud era un impedimento para ser un empresario de éxito. Pero, mira por dónde, me he encontrado justo con lo contrario. —Ella lo miró con interés, atenta a cada una de sus palabras—. Encantado de conocerte, Lily Thompson.

—Lláname Lily, a secas.

—De acuerdo, Lily —accedió él con la particular sonrisa que tanto destacaba en su rostro—. Nos veremos más por aquí, espero.

—Puedes estar seguro de ello —le contestó.

De fondo el sonido de unos tacones repiqueteando contra el suelo hizo que ambos girasen sus cuellos y viesan a una mujer de mediana edad, vestida con una falda de tubo oscura, corriendo hacia el estudio.

—Diría que esa es tu secretaria —bromeó Edgar.

Lily se resignó a sonreír y retrocedió un paso hacia el interior del local.

—¿Cuándo abrirás el estudio?

—Mañana mismo.

El corazón se le aceleró. No entraba en sus planes tener una competencia directa tan pronto. Pese a ello, disimuló como buenamente pudo y se mostró con entereza ante la situación.

—Te deseo mucha suerte, Edgar.

Él retrocedió un paso y desvió la mirada durante un segundo hacia la señora Frish, quien ya estaba a punto de alcanzarlos.

—Lo mismo digo, Lily.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! —vociferó la secretaria, jadeando y tratando de recuperar el aliento

Edgar miró a Lily una última vez, sonrió y se dio media vuelta. Sin embargo, antes de alejarse de ella, pronunció unas últimas palabras mientras caminaba:

—Te espero mañana a las siete en la fiesta de inauguración. Pasaré lista de los asistentes.

Y desapareció de su vista a la par que la señora Frish entraba como un torbellino al estudio, con las mejillas coloradas y decenas de papeles desordenados en las manos.

—¡Por supuesto que iré!

—Pero si a ti no te ha invitado.

Owen miró desafiante a Emily a través de los cristales de sus gafas, y ella, con una sonrisa traviesa, le sacó la lengua en respuesta.

—Ninguno de los dos vendréis —sentenció Lily. Se limpió con la servilleta los labios manchados de chocolate y dejó los cubiertos sobre la mesa—. Edgar me ha invitado a mí.

—¿Edgar? ¿Desde cuándo lo conoces tanto como para llamarlo con esa familiaridad? —preguntó Owen con una sonrisa traviesa y una ceja enarcada.

—Es su nombre, ¿no? Y no intentes persuadirme, Owen. Tú no estás invitado a la inauguración.

Él partió un trozo de cruasán e hizo una señal para que la camarera del Morning Elixir lo atendiese.

—En eso estás equivocada. Han convocado al periódico para publicar al día siguiente un reportaje sobre la apertura del estudio. ¡Iré, listilla!

Lily frunció el ceño y apretó los puños.

—¿Desde cuándo sabes que iban a abrir Art and Space?

—Desde esta misma mañana. Ya te dije que no me había enterado de nada. —La despreocupación con la que habló hizo que Lily relajase los hombros y se apoyase sobre el respaldo—. Esta mañana ha enviado las invitaciones para la inauguración, aunque por lo que veo se ha molestado en hacerla personalmente para algunas personas...

—¡Ya vale, Owen! —rugió Lily.

Emily le dio un trago a su café y contempló la escena como si estuviese presenciando una obra teatral.

—No es que yo esté insinuando nada. —El periodista terminó de trocear el cruasán y se llevó un bocado a la boca—. Nada de nada —añadió, con la boca llena.

Entonces fue Emily quien frunció el ceño y miró a Owen de forma desafiante. Había algo en él que no le terminaba de gustar. Demasiadas sonrisas, demasiado buen humor, demasiado secretismo... ¿Qué sabían realmente sobre él? Un chico que llegó a Cedarville de la noche a la mañana, con un baúl repleto de secretos y una lengua viperina e impredecible.

El día en el que Lily conoció a Owen en el cementerio, se dio cuenta de que él era distinto a cualquier otra persona que había conocido antes. Sus ojos claros y su pelo oscuro no le pasaron desapercibidos en aquel tétrico escenario. Se acercó a ella, quien estaba junto a la tumba vacía de su hermana, sin terminar de asimilar la realidad de lo que acontecía a su alrededor, y sus primeras palabras fueron: «Cuando llego a una ciudad nueva, me gusta visitar el cementerio. Es un buen lugar para ver quiénes lloran a sus familiares y quiénes muestran su verdadero corazón. Y también para identificar a quienes es mejor evitar». Su presencia era enigmática, y su habilidad para deslizarse en las conversaciones con una mezcla de encanto y misterio lo hacía fascinante, pero también desconcertante. Emily no podía impedir preguntarse si había algo más oculto detrás de esa fachada de simpatía y seguridad.

—Todos sabemos lo que tratas de insinuar, aunque te aconsejo que no sigas por ese camino —amenazó Emily sin pestañear.

—¿Qué? —preguntó Owen—. Desde que os conozco ninguna de las dos habéis estado con ningún chico. Es extraño, ¿no?

El corazón de Lily se aceleró y giró el cuello hacia Emily, quien la estaba observando con detenimiento.

—Solo digo que si un caballero apuesto y simpático llega a Cedarville debemos comentarlo. ¡Soy periodista, claro que lo tengo que comentar!

—Que nos conocemos, Owen... —murmuró Lily.

—Vale —continuó diciendo él—. Puede que estuviese insinuando que entre ese tal Edgar y Lily podría surgir algo. Pero ¿no sería genial?

—¿Genial para quién? —Emily apretó los puños con fuerza y se puso en pie—. ¿Para ti y tus chismoteos? No tienes ni idea de nuestras vidas amorosas. Te recomiendo que la próxima vez mantengas tu impertinente boca cerrada.

La tensión se hizo palpable. Owen, sorprendido por aquella reacción, levantó las manos en un gesto de rendición, aunque su expresión era un tanto desafiante.

—Vamos, no era para tanto —intentó suavizar—. Solo estaba bromeando. No he pensado que lo tomarías tan en serio.

—Chicos, basta —intervino Lily antes de que las cosas se saliesen de control—. No es momento ni lugar para este tipo de discusiones.

Emily, aún furiosa, respiró hondo, intentando recuperar la compostura, hasta que su atención se desvió hacia la figura esbelta y elegante que entró en la cafetería. Lily también se fijó en él y sus manos comenzaron a temblar. Hacía meses que no lo veía y su sola presencia le traía recuerdos lejanos que había intentado enterrar en lo más profundo de su memoria.

Mark William, vestido con un elegante traje de dos piezas, entró con la vista fija al frente, directo hacia el mostrador. Se detuvo durante un par de minutos delante del pequeño escaparate de dulces, junto a la barra, para escoger los postres que le llevaría ese día a su padre. Su vida poco había cambiado desde la marcha de Hunter y Ryan, aunque era evidente el distanciamiento con las chicas que lo miraban perplejas desde la distancia.

—¿Ese es Mark? —preguntó Lily en un susurro.

Emily asintió.

Lily solo había coincidido con el hijo del alcalde en una ocasión durante el último año. La tarde en la que inauguró su estudio, Mark se pasó para desearle suerte. Tuvieron una conversación de apenas cinco minutos en la que ambos mantuvieron un intercambio de palabras cordiales, como si fuesen simples conocidos. El tiempo que compartieron juntos en un pasado se esfumó como un sueño lejano, desvanecido en el aire sin dejar rastro.

Tampoco nadie en la ciudad mencionaba a los Turner; Ryan había huido con su familia sin despedirse. Por otro lado, Adam había traspasado el negocio sin dejar rastro, Sarah había encontrado el amor y Hunter se había marchado para siempre.

Ya solo quedaban en Cedarville un puñado de secretos y recuerdos que, como fantasmas del pasado, seguían merodeando en completo silencio.

Capítulo 4

Cementerio de recuerdos

—¿Me podéis explicar por qué su fiesta de inauguración es en un sitio como este y la nuestra no fue aquí? —preguntó la señora Frish nada más poner un pie en Mon Amour.

Edgar Linton había escogido uno de los lugares más destacados de la ciudad para celebrar la fiesta de inauguración de su nuevo negocio. Decenas de familias acudieron al evento, incluyendo a aquellas más adineradas que observaban con las barbillas en alto todo lo que acontecía a su alrededor. El lujo y la soberbia se entremezclaba de una forma fascinante que hacía de Cedarville un lugar único en el mundo.

—Porque tiene más dinero —se limitó a responder Lily.

Al entrar echó un vistazo rápido a su alrededor y confirmó que la galería de arte seguía estando tal y como la recordaba desde su última visita. Un sabor agri dulce recorrió su garganta al pensar que había pasado más de un año desde que estuvo allí por última vez, durante la exhibición de las obras de arte de su tía. Aquel día su acompañante era Adam, cuyo nombre todavía rondaba por su cabeza de vez en cuando. Ni siquiera se había atrevido aún a

deshacerse del clavel encerrado en la pequeña cúpula de cristal que le había regalado por su cumpleaños, aunque no encontrase explicación alguna para ello.

—Estoy deseando conocer al jefazo... —comentó entre dientes Owen.

Los minutos pasaron con lentitud hasta que Edgar Linton se presentó frente al grupo de tres formado por Lily, Owen y la señora Frish.

—¡Lily! Qué bien verte por aquí.

Edgar, vestido con un elegante traje de color burdeos, sonrió y besó con ternura la mano de la hija de los Thompson.

—No podía perderme la fiesta de inauguración de mi rival —respondió ella con las mejillas tornándose de un color rosado.

Owen carraspeó y Edgar giró el cuello en su dirección.

—Creo que todavía no nos conocemos. Soy Edgar Linton.

—Tú no me conoces, pero yo a ti sí—. El periodista se acercó y le dio un fuerte apretón en el hombro—. Soy Owen Dalson, el mejor periodista de la ciudad.

La señora Frish y Lily abrieron los ojos de forma exagerada al escuchar la vanidosa presentación de Owen. Sin embargo, Edgar soltó una sonora carcajada y le devolvió el apretón.

—Me alegro de contar con el mejor periodista de la ciudad en mi inauguración. No espero menos que un buen reportaje mañana en la portada de Art and Space.

—Yo soy la señora Frish. Amelie Frish, para ser exactos, aunque todos me conocen como la señora Frish.

—Creo que ya tuve el placer de verla ayer mientras corría en mi dirección.

La secretaria desvió la mirada avergonzada y entrecruzó los brazos tras su espalda.

—Un mal día lo tiene cualquiera, señor Linton.

—Así es. —Edgar sonrió de nuevo y habló con tono amable—: Espero que disfrute de esta fiesta, señora Frish.

Lily, quien observaba en silencio, se recolocó el pelo y se ajustó el escote del vestido amarillo que llevaba puesto.

—Ha acudido mucha gente —comentó intentando cambiar así el rumbo de la conversación.

—Más de la esperada —afirmó él—. Aunque estaba esperándote a ti—. Edgar se acercó a Lily con cautela—. ¿Te importaría salir conmigo a la azotea para hablar de negocios? He visto que esta galería tiene un bonito lugar en el que disfrutar de las vistas.

Y en ese preciso momento, la mente de Lily estalló como un volcán en erupción, liberando una oleada de recuerdos que había intentado sepultar. La imagen de Hunter apareció con una claridad dolorosa, reviviendo aquella conversación en la azotea, donde sus manos se habían encontrado por primera vez y ella había sentido el calor de su piel sobre la suya. Un toque que encendió algo profundo en su interior.

Los recuerdos de él se deslizaron con crueldad en su mente, como sombras que se negaban a desvanecerse. Pero mientras esas memorias la envolvían, otra realidad se filtró en su conciencia: llevaba demasiado tiempo siendo prisionera de su propio pasado, atrapada en los ecos de un amor que ya no existía. Cada recuerdo, cada sensación, era una cadena que la mantenía anclada en un tiempo que ya no era el suyo. Y en ese instante, se dio cuenta de que seguir aferrándose a esas memorias solo la estaba consumiendo, impidiéndole avanzar. Hunter había sido una parte importante de su vida, pero ahora era un lastre del que necesitaba liberarse para poder vivir con plenitud el presente.

—Será un placer.

Edgar sujetó la puerta acristalada y se apartó a un lado para dejarla pasar. El sol ya había casi desaparecido, dándole paso a un

cielo teñido de tonos anaranjados y púrpuras, mientras la noche comenzaba a extender su manto sobre la ciudad.

—Espero no sonar indiscreto, pero ese vestido te queda espectacular.

Edgar se acercó a ella y juntos caminaron hacia el borde de la azotea, contemplando desde aquel lugar como la ciudad comenzaba a encender las luces.

—Gracias —se limitó a responderle manteniendo la mirada fija en el horizonte, mientras su mente intentaba ordenar los pensamientos que se agolpaban en su interior.

Desde el primer momento en que lo vio, no pudo evitar sentir que era atractivo. Tal vez porque, después de tanto tiempo, por fin vislumbraba una luz al final del denso y oscuro túnel en el que había estado sumida durante meses. Edgar parecía atento y gentil, lo que la hacía sentir algo que creía perdido. Sin embargo, no debía olvidar que estaba tratando con el dueño de la antigua empresa en la que trabajaba y, sobre todo, con su principal competidor en el mundo de los negocios, lo cual, en el fondo, no le convenía.

—¿Han acudido todos cuando pasabas lista?

Edgar la miró y sonrió.

—Reconozco que me he visto en la obligación de meter a alguno en mi lista negra.

Esa vez fue Lily la que no pudo evitar sonreír.

—¿Tienes una de esas? —preguntó, curiosa—. No me gustaría estar en la lista negra de Edgar Linton.

Él apoyó ambos brazos sobre la barandilla de la azotea.

—No tienes de qué preocuparte —respondió con una sonrisa juguetona—. Mi lista negra es más una broma interna que algo serio. Pero, si quieres mantenerte fuera de ella, quizá deberías seguir aceptando mis invitaciones a lugares como este.

Lily rio con suavidad, aunque por dentro seguía sopesando la mezcla de sensaciones que Edgar despertaba en ella. Por una parte,

quería confiar en él, abrirse a la posibilidad de algo nuevo, pero por otra, se recordaba así misma el juramento que había hecho: no volver a permitir que nadie la hiriera de la misma manera que Hunter.

—Intuyo por esta fiesta de inauguración que las previsiones respecto a la empresa son buenas. ¿En qué clientela pensáis enfocaros?

Edgar, que seguía observando el horizonte, giró la cabeza para mirarla con una expresión reflexiva.

—Queremos atraer a un público diverso, pero con un enfoque especial en los jóvenes emprendedores y creativos. Personas que buscan un espacio donde puedan dar vida a sus ideas, lejos de las limitaciones de los entornos más tradicionales. Creo que hay un gran potencial en Cedarville para algo así.

—¿Habéis cerrado ya contratos con empresas de la ciudad?

—Concisa y directa. Me gustas como empresaria, Lily Thompson —respondió, apartándose de la barandilla y comenzando a caminar con lentitud con los brazos cruzados detrás de su espalda.

—Eres tú quién has dicho que veníamos a hablar de negocios. —Se encogió de hombros y él le sonrió.

—Sí, hemos cerrado algunos contratos preliminares, pero estamos siendo selectivos. No queremos apresurarnos y atarnos a acuerdos que no se alineen con nuestra visión a largo plazo. —Lily lo siguió con la mirada, evaluando cada palabra que salía de su boca. Edgar parecía tenerlo todo bajo control, como si cada paso que daba estuviera meticulosamente planificado—. Quería hablar contigo porque quiero que mi negocio vaya bien, lo que implica tener una buena relación con mi competencia.

—En eso estamos de acuerdo.

La sonrisa brillante de Edgar volvió a destacar en su rostro.

—El anterior dueño de Art and Space me contó que hace unos años este negocio era el estudio de diseño de referencia en la zona. No quiso detallarme cuáles eran los motivos por los que quería deshacerse tan pronto de él. Por lo que tengo entendido, apenas

estuvo a su cargo durante unas semanas. —Lily, incómoda, tragó saliva—. El caso es que me gustaría que podamos colaborar y no vernos como rivales. Creo que los dos tenemos mentes creativas e innovadoras que nos pueden hacer ganar mucho dinero. Aunque supongo que dinero no es lo que necesita en particular tu familia, ¿no es así?

—El negocio es mío —aclaró ella de forma severa—. Mi familia está al margen.

Edgar se detuvo y curvó hacia un lado el cuello, sin apartar la vista de Lily.

—¿Me estás diciendo que la familia Thompson no ha intervenido en que tengas tu propio negocio? Sé quién eres, en verdad. Estudio concienzudamente a mi competencia antes de embarcarme en un nuevo proyecto.

—Tú sabes quién soy yo, pero yo no sé nada de ti. Un poco injusto, ¿no crees? —respondió Lily tocándose un mechón de su pelo cobrizo con una mezcla de desafío y curiosidad—. No me gusta la idea de que alguien pueda tener toda esa información sobre mí sin que yo tenga la misma oportunidad de conocer a la otra persona.

Edgar se tomó un momento para considerar su respuesta. Luego, sonrió ligeramente, como si estuviera evaluando la sinceridad de su propia reacción.

—Es justo —dijo al fin—. Y lo reconozco. Supongo que, en el afán de asegurarme de tener una ventaja, he pasado por alto la importancia de la transparencia mutua. Estoy dispuesto a cambiar eso.

—Eso es un buen comienzo —aceptó Lily, aliviada por su actitud abierta—. Si queremos colaborar, deberíamos empezar por conocernos mejor.

Edgar asintió. Su mirada se volvió más cálida y genuina.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué quieres saber sobre mí?

Una pregunta que abría un abanico de posibles temas a tratar. Empezando por el motivo por el cual había escogido instalarse en

Cedarville, una ciudad pequeña en apariencia insignificante para alguien con su ambición, y terminando por la relación que podría tener con Adam Anderson, quien había vendido la empresa sin previo aviso y desaparecido sin dejar rastro.

Lily respiró hondo, consciente de que cualquier pregunta podría llevar la conversación en direcciones inesperadas.

—Podríamos empezar por lo más básico —dijo con suavidad—. ¿Por qué Cedarville? ¿Qué es lo que te atrajo de este lugar?

Edgar la miró con un brillo en los ojos, como si hubiera anticipado esa pregunta.

—Cedarville es un lugar interesante, lleno de historia y con una comunidad muy unida. Pero, para serte sincero, lo que más me atrajo fue la oportunidad. Vi potencial en un mercado que otros podrían considerar pequeño. Y cuando me enteré de la posibilidad de adquirir la empresa supe que tenía que actuar rápido.

—¿Conocías la fama de Art and Space de antes?

—Algo había escuchado. —El empresario volvió a apoyarse sobre la barandilla y centró su atención en las lejanas montañas—. Me habían hablado de que tenía una plantilla de trabajadores con gran talento, pero cuando la compré ya no quedaba ninguno. Supongo que algo sabrás al respecto.

El corazón de la joven se aceleró. Concederle a un desconocido demasiada información podía jugar en su contra, pero empezar aquella extraña relación con mentiras podría desencadenar consecuencias peores. A fin de cuentas, ya había aprendido la lección de la manera más dura. La confianza mal otorgada había sido su perdición antes, y no podía permitirse repetir ese mismo error.

—Nos fuimos —confesó con la vista fija en el suelo.

—¿Cómo que os fuisteis? —Edgar enarcó las cejas y la miró.

—Trabajé durante varios meses como becario en ese estudio de diseño. —Un escalofrío recorrió su piel al recordar a Adam sentado en su escritorio frente a ella. Demasiadas cosas habían cambiado

desde entonces. Demasiadas máscaras habían sido desveladas, y, con ellas, muchas verdades que preferiría olvidar—. Pero decidí que era mejor para mí carrera profesional abrir mi propio estudio.

—Guau... —Edgar sonrió y dio dos sonoros aplausos—. Menuda historia de superación. Siempre he presumido de conocer a fondo a mis rivales, pero veo que contigo he fallado.

—Si no sabías que he trabajado en la que ahora es tu empresa..., ¿qué es lo que sabes sobre mí?

—Bueno... —El empresario carraspeó y apartó la mirada, como si midiera cada palabra antes de dejarla salir—. Sé que te apellidas Thompson. Los Thompson son una familia conocida en Cedarville, y no precisamente por ser discretos. —Lily sintió un nudo en el estómago al escuchar la mención de su apellido. Era consciente de la reputación de su familia, de las historias que la precedían y de cómo cada movimiento suyo era observado y juzgado por los demás—. Pero más allá de eso —continuó Edgar, volviendo a mirarla con una expresión cálida y cercana—, he preferido no dejarme llevar por lo que los demás dicen. Prefiero formarme mi propia opinión.

Entonces, en la mente de Lily apareció el nombre de Rachel. ¿Qué posibilidades había de que él supiese lo acontecido con su familia? La sombra de la supuesta muerte de su hermana todavía la perseguía día y noche.

—Haces bien no creyendo todo lo que te cuenten sobre mí. Mi familia es... especial.

—Me gusta la gente especial —aseguró él—. Tú me pareces especial, Lily, aunque hay algo en tu mirada que me hace ver que tu corazón ha sufrido demasiado.

—Todos los corazones acaban sufriendo —se limitó a responder ella con una voz apenas audible.

—Sí, pero no todos siguen cargando con ese sufrimiento —replicó Edgar con tacto.

Un silencio denso se instaló entre ellos hasta que él se alejó en dirección al interior de la galería.

—Es hora de volver a la fiesta que yo mismo he organizado. —Se ajustó la corbata y curvó los labios—. Ha sido un placer hablar de trabajo contigo.

Lily, un tanto nerviosa por el rumbo que había adquirido la conversación hacía unos minutos, contestó:

—Lo mismo digo. Te deseo suerte con el negocio, aunque intuyo que no la necesitas.

Entonces, Edgar soltó una larga carcajada, genuina y despreocupada, que resonó en la azotea. Luego, se dio media vuelta y comenzó a alejarse, pero antes de cruzar la puerta, se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Presiento que tu vida va a cambiar a partir de este mismo día, Lily Thompson.

Dicho esto, se marchó, dejándola sola bajo el atardecer, con sus pensamientos enredados en aquellas palabras.